

Durante ese tiempo, el centro de la escena artística mundial se cambiaba de París a Nueva York, lo que significaba para los canadienses un viaje en tren, en lugar de un viaje transoceánico de cinco días.

Hacia 1957, el Consejo Canadiense había tomado forma y el estado pagaría a los artistas para que hicieran lo mejor que sabían hacer: crear obras de arte. Incluso los subsidios para los jóvenes daban totales de 7,000 dólares al año. Qué cambio desde los años treinta en que Goodridge Roberts vivía con 1.50 a la semana; tenía que pintar con acuarelas porque no podía permitirse comprar óleo, y a veces tenía que permanecer en reposo, débil por desnutrición, antes de poder terminar una pintura.



1910 Remered, de Jean-Paul Lemieux (Galería Nacional de Canadá)

En los últimos treinta años hemos tenido una riqueza en las artes visuales que sería difícilmente comprensible para la anterior generación.

Surgió el grupo surrealista de Montreal, encabezado por Paul-Émile Borduas y Jean-Paul Riopelle. El grupo de Once Pintores de Toronto, con gente tal como William Ronald, Harold Town, Jack Bush y Oscar Cahen. El Regina Cinco: Kenneth Lochhead, Arthur McKay, Ron Bloore, Douglas Morton y Ted Godwin.

Pero también han habido enormes talentos que no pertenecieron o pertenecen a ningún grupo. Alfred Pellán por ejemplo, cuyos patrones en torbellino y cuyos colores rítmicos no siguen las ideas de nadie sino las suyas propias. Jean-Paul Lemieux, cuyas figuras firmes y amenazantes se ven incluso más desoladas que los paisajes planos en que las coloca.

Todavía el paisaje, sin embargo. A pesar de la moda en que ingresan muchos pintores jóvenes, porque es fácil ir a Nueva York, o a Londres, o a París, el arte canadiense todavía es, en grado sumo, un arte del paisaje.

Tomemos por ejemplo a Harold Town, uno de los jóvenes progresistas que ha representado el papel de "artista hasta las cachas" (le conocí cierta vez en un camino de concesión empujando un carrito lleno de martinis y con una escopeta al hombro para "cazar a los que arrancaban hierbas"). Su mejor obra está inspirada en el paisaje, tal vez en particular por sus dos obras más trascendentes, tituladas **Estanque del Bote de la Muerte** (1956) y **El Gran Dividido** (1966).

En Vancouver y en las praderas, pintores y escultores bien distintos han tomado también a la tierra como inspiración. Smith redujo el paisaje de Columbia Británica a abstracciones verdes, azules y pardas; el mar, las montañas y las ciudades. Takao Tanabe hizo lo mismo, sentado en las montañas de Banff como artista residente de la Escuela de Artes de Banff. Toni Onley, pintor desconocido pero soberbio grabador, fue más



Lago Superior, de Lawren Harris (Galería Nacional de Canadá)

local; hizo abstracciones al pastel de las playas de Vancouver; azules suaves para el mar, beige pálido para la arena, café oscuro para los grandes troncos que alcanzaban a surgir del bosque.

En Saskatchewan, Norman Pehrehudoff redujo lo plano de las praderas a un color lineal. En las provincias marítimas se desarrolló una completa escuela realista inspirada por las enseñanzas de Alex Colville, Tom Forrestal y Christopher Pratt, escuela que transformaba especialmente las escenas de la vida diaria en importantes obras de arte.

Ahora, esto no quiere decir que no tengamos un sólido cuerpo de obras sin relación al paisaje. Tanto Claude Tounsiant como Guido Molinari en Quebec concentran su total interés en el color. Como lo menciona Dennis Reid en su libro **Concise History of Canadian Painting** (Historia Concisa de la Pintura Canadiense), su obra "se concentra completamente en la estructura del color" y "elimina completamente cualquier necesidad de proyectar una imagen". Hay muchos individuos artistas cuyas visiones en particular van desde el mundo terrorífico de Mark Prent, cuya construcción de un hombre en una silla eléctrica sacude la atención del espectador, hasta la extraña imaginación de Esther Warkov llena de leones medievales, huevos sorpresa e imágenes de familia victoriana.

Es un hecho notable que la riqueza de las artes visuales canadienses de hoy sean lo suficientemente numerosas para mantener ocupadas unas cuarenta galerías privadas solamente en Toronto. Las compañías están decorando las paredes de sus oficinas centrales con obras canadienses. Un banco de arte, mantenido por impuestos, en Ottawa, ha estado adquiriendo obras a razón de un millón de dólares anuales desde hace cinco años. Las nuevas galerías públicas, desde Charlottetown hasta Vancouver, están todas en proceso de formación de colecciones representativas. Y algo más significativo es que la gente joven que se instala en casas, busca reproducciones de grabados canadienses. Sin duda terminarán adquiriendo obras gráficas cuando tengan más dinero.

En esta última parte del siglo, las artes visuales en Canadá son más ricas, más variadas, más vibrantes y sin duda están más ampliamente distribuidas que nunca. Desde grabados de 100 dólares hasta Riopelles de 100,000 dólares, la calidad y cantidad parecen infinitas.

Pero siempre, escudriñando en algún lugar de los lienzos, es esta misma tierra vasta con sus distancias, sus sublímites que todavía causan asombro, sus variedades de luz, estados de ánimo y texturas que quitan el aliento. Ya sean hechas por sus habitantes originales o por los que han llegado a sus playas como turistas o inmigrantes, las imágenes de Canadá son tan infinitas como el Canadá mismo.